

# Los preliminares del 98. Cuba en la política internacional de Cánovas

## En torno a un libro de Javier Rubio

JUANA MARTÍNEZ MERCADER\*\*  
Universidad de Murcia

RUBIO, Javier: *El final de la era de Cánovas. Los preliminares del «desastre» de 1898*. Madrid, Biblioteca Diplomática Española, 2004. 2 Tomos. 1417 pp. (17,5 x 24,5)

La política de la Restauración tuvo como protagonista a Antonio Cánovas del Castillo, artífice del éxito de los intereses del liberalismo conservador, y con él a Práxedes Mateo Sagasta, responsable de la integración en el sistema diseñado por el político malagueño de los principales herederos del fracasado movimiento demo-liberal del Sexenio. Desde la debilidad del régimen político que sostuvieron, les correspondió desarrollar una nueva política exterior en discontinuidad con la que realizaron los moderados de la época isabelina y con la que añoraron realizar los progresistas del Sexenio.

Para España la derrota francesa en Sedán vino a evidenciar la decadencia de los pueblos latinos y la plenitud de los anglosajones y germanos, lo que tiñó de pesimismo el papel de nuestro país en el contexto internacional, ajustándose toda acción exterior en la defensa de la dieciseisava parte de su otrora imperio ultramarino. Sin embargo, mantener

---

\* Fecha de recepción: 26 diciembre 2004.

\*\* Centro «Pérez de Lema» de Enseñanzas Universitarias adscrito a la Universidad de Murcia. C/. Real 80; 30201 – Cartagena (Murcia).

un imperio colonial de extensión superior a su capacidad defensiva se antojaba impensable sin recurrir a una política de alianzas. La diplomacia canovista distinguió entre recogimiento y aislamiento, considerando el aislamiento y la política de alianzas impensables para una pequeña potencia que precisaba sobrevivir entre los grandes, pero sin comprometerse en sus conflictos, por lo que hubo de elaborar una política de recogimiento que, según Jover, hizo de la neutralidad la base de su primera formulación consciente del rol europeo de España en la época del imperialismo.

Amparándose en la diplomacia canovista, la política exterior de la Restauración, intentó alcanzar tres objetivos: la salvaguarda del régimen, la prevención de una acción de otra potencia en Marruecos y la conservación de las colonias del Caribe y el Pacífico. Todo ello, según Salom Costa, teniendo como telón de fondo cuatro constantes: los vínculos de tipo económico, ideológico y cultural que ligaban a España con Francia e Inglaterra y que configuraban estados y tendencias de la opinión pública; la difícil relación con la Tercera República Francesa debido a la emigración política hispana en su suelo (carlistas y republicanos); la orientación hacia los Imperios Centrales y en particular hacia Alemania en defensa de los principios monárquicos, y las dificultades ante la política bismarckiana que potenciaba la acción colonial gala en el norte de África. Un año después de la muerte de Cánovas culminó con todo dramatismo la acción de una política exterior desarrollada durante veinte años con el fracaso de toda la orientación seguida hasta entonces: un gran desastre colonial que se tradujo en la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y la venta a Alemania de las islas Carolinas, Marianas y Palaos.

Al ingente estudio y examen de los antecedentes de este singular hecho, a los preliminares del «desastre del 98», dedica Javier Rubio la obra objeto de nuestra atención. Embajador e historiador de irrefutable prestigio, aborda dicha cuestión desde una perspectiva global, analítica y crítica, teniendo como hilo conductor la política exterior –y la colonial– de Cánovas del Castillo. Por otra parte, ello responde a un empeño personal del autor, iniciado hace más de dos decenios, de estudiar *La política exterior de España en la época contemporánea*, de la que ya ha visto publicados *España y la guerra de 1870* y *La política exterior de Alfonso XII*.

Precedida por una atinada y sugerente Introducción, la presente obra consta de dos volúmenes. El primero comprende los capítulos I al V y el segundo del VI al VIII, más un Apéndice especial (El *Maine*, una importante página histórica que todavía no puede encontrar un sitio en la historiografía), un Apéndice documental (reproducción de cuarenta significados textos) y un Apéndice final de fuentes, con documentación inédita y bibliográfica general (colecciones documentales; libros, folletos y artículos; anuarios y publicaciones auxiliares varias).

Tomo I. Primera parte: *Cánovas y el gran reto antillano*. Capítulos I a IV.

Las dos primeras secciones están dedicadas a las circunstancias más lejanas. Vemos emerger en el reinado de Isabel II la figura política de Cánovas como ministro de Ultramar durante el gobierno de O'Donnell, entrando por primera vez en contacto con el tema antillano a raíz del abandono de la isla de Santo Domingo en 1865, para al año

siguiente destacar como impulsor en la creación de la Junta de Información y lograr la aprobación de la Ley de represión de la trata de esclavos que, aunque no consiguió traducirse en la erradicación total e inmediata de este deplorable comercio, sí contribuyó a la disminución del tráfico en un momento en el que el gobierno de Washington acababa de vencer en la Guerra de Secesión.

La primera ofensiva por la autonomía de Cuba empezó en 1868 con la guerra de los Diez Años, que terminó con la paz de Zanjón que conllevó la abolición de la esclavitud y el acuerdo de un régimen especial para la Isla. A finales de 1873 se desató la gravísima crisis hispano-norteamericana del *Virginius*. J. Rubio presta gran atención a la política planificada por el gabinete de Grant, es decir, a la ofensiva diplomática norteamericana de 1875 (instrucción 266, de 5 de noviembre) que se puede resumir en una significativa advertencia: si España no pacificaba prontamente la Isla, los Estados Unidos se consideraban obligados a intervenir, militarmente si fuera necesario. Posteriormente, tuvieron lugar destacados brotes independentistas como la llamada Guerra Chiquita en 1879 y las insurrecciones de 1883 y 1885. Conflictos y consiguientes represiones que alimentaron el nacionalismo popular isleño, al que se sumaron tanto los esclavos como los criollos ricos. Mientras el régimen de monopolio proporcionaba a España un saldo positivo y Cuba obtenía gran parte de sus ingresos de Estados Unidos, al que exportaba más del 90% de la producción de azúcar y tabaco. La presión diplomática americana se incrementó, obteniendo en 1892 un arancel favorable para sus productos y después financiando a los independentistas con la intención de ejercer de árbitro ante el más que previsible conflicto entre la colonia y su metrópoli.

Cap. III: *La política de reformas de 1893. Actitud de Cánovas*. El agravamiento del problema cubano en 1890-1892 coincide con el primer gobierno de la Regencia, malhadado también en el ámbito de política interior. Destaca sobremanera el «Proyecto de Ley sobre reforma del Gobierno y Administración civil en las islas de Cuba y Puerto Rico» presentado en junio de 1893 por Antonio Maura, ministro de Ultramar en el gobierno Sagasta. La incidencia de los sucesos de Melilla en otoño de dicho año, la división de la opinión pública y de la clase política -donde Cánovas se mostraba partidario de mantener la isla por la fuerza de las armas si era preciso-, hicieron que el proyecto de reformas discurriera por una larga agonía hasta ser retirado en enero de 1895. No obstante, algunos de los contenidos del mismo pervivieron en el proyecto de Abarzuza, aprobado en marzo del mismo año.

Cap. IV: *El horizonte progresivamente sombrío de su último gobierno (1895-1897)*

La guerra definitiva comenzó en febrero de 1895 con el Grito de Baire, como se conoce el levantamiento en la parte oriental de la Isla, que fue seguido del Manifiesto de Montecristi (República Dominicana) redactado por José Martí y Máximo Gómez, líderes civil y militar de un grupo político que habían constituido en Nueva York, el Partido Revolucionario Cubano. A ésta se uniría, el año siguiente, la revuelta de Filipinas, encabezada por Emilio Aguinaldo. Durante estos últimos años del gobierno canovista destacan tres cuestiones. La primera la formó el error del político conservador aplazando

el relevo de Martínez Campos (dimisión 25 julio 1895) hasta enero de 1896, ya que en esos meses se jugó la suerte de la campaña militar y, en definitiva, de la isla. Fue sustituido por Weyler, quien impuso una disciplina férrea, concentrando a los campesinos en el centro de las ciudades para evitar las guerrillas, mientras Estados Unidos ofrecieron 300 millones de dólares por la Isla y España no los aceptó. La segunda cuestión se refiere a las reformas políticas emprendidas a principios de 1897 para la gobernación de la zona caribeña, en especial de la Gran Antilla, que Cánovas ya consideraba perdida a la larga, en tanto que en Puerto Rico se cuidó de que las variaciones no debilitaran los resortes esenciales de poder existentes. Y, tercera, la difícil situación del protagonista malagueño en el interior del país pues debía luchar contra las imputaciones del partido liberal que le atribuía la responsabilidad directa de la Corona si no se producía una rápida resolución de la cuestión cubana, al tiempo que le demandaba su renuncia al poder. Pero aquí entramos en el camino de las conjeturas. Que hubiese sucedido si Cánovas no hubiera muerto al poco asesinado.

Tomo I. Segunda parte: *Cánovas y la política exterior*.

Capítulo V: *Su penúltimo gobierno (1890-1892)*. Sección única, que se inicia con un preciso y acertado esbozo del nuevo escenario mundial en el último decenio de la centuria ochocentista, en el que se destaca la importancia de la gran y global expansión colonialista llevada a cabo y su incidencia en tres espacios continentales: la guerra chino-japonesa de 1894-1895 y sus consecuencias, Europa y su sistema de poderosas alianzas, así como la conversión de Estados Unidos en gran potencial y su conflicto con Inglaterra en 1895-1896 en torno a la Guayana Británica. Se sigue con la exploración del Mediterráneo como factor geopolítico dominante en la política exterior española, en donde, partiendo de la complicada acción de Bismarck en la zona, destacan la iniciativa hispana de renovación en 1891 del acuerdo mediterráneo de 1887 con la Triple Alianza y sus salpicaduras en las relaciones con Portugal, así como el impacto en España del ultimátum inglés de 1890 y la solicitud de ayuda lusitana al gobierno de Madrid en caso de desatarse un movimiento revolucionario en su territorio. Conjunto que denota en ese momento la preocupación de Cánovas por la política europea y mediterránea, más que por la ultramarina antillana. En tanto que durante la presidencia de Sagasta sobresalieron la atención en defensa de los intereses en Marruecos frente al imperialismo de Francia e Inglaterra, otrora aliados circunstanciales durante la etapa isabelina, y el apartado especial a la Memoria confidencial sobre política exterior que hizo Moret para la Reina regente en 1888.

Tomo II. Capítulo VI: *Las complicaciones internacionales de la guerra de Cuba en el trienio final de Cánovas (1895-1897)*. La política internacional durante su último gobierno aparece polarizada por los escollos del problema cubano y, por lo tanto, por las cada vez más complicadas relaciones con el gobierno norteamericano. Inciden tres cuestiones de singular alcance:

– La mediación del ejecutivo de Washington ante el de Madrid, en abril de 1896, conocido como Nota de Olney, que se mostró como un momento crucial en la guerra de Baire desde el punto de vista internacional, que apareció como la última oportunidad del

gobierno español de llegar a una resolución pacífica del problema cubano «a un precio político previsible y razonable». Subrayamos el destacado espacio que J. Rubio dedica al origen, motivaciones y consecuencias del referido ofrecimiento de mediación, cuyo rechazo se tradujo en un definitivo punto de inflexión en las siempre complicadas relaciones España-Estados Unidos y que incidió en las significativas iniciativas de política exterior que emprendió el gobierno de Madrid durante la primavera y verano de 1896.

– El insuficiente conocimiento de Cánovas de la situación internacional resultó ser una imputación extensible a toda la clase política española. Desacierto que evidencia «un ingenuo voluntarismo, un profundo desconocimiento de la política y de los intereses de las grandes potencias de la época y del modestísimo peso de nuestro país allende un escenario en el que España acudiría a una confrontación suicida». Así lo valoramos ahora ¿pero lo consideraban igual la mayor parte de la clase política y la opinión pública coetánea?

– La decidida política expansionista del presidente McKinley que pasaba por la expulsión de España de Cuba y que no dejaba más acción a nuestro país que la rápida concesión de la independencia de la isla o ... ¿la excusa del suceso del Maine? Respuesta retórica.

Los capítulos VII y VIII aparecen rotulados como: *La cuestión de Cuba ante la desaparición de Cánovas y Prim* y *Evaluación de conjunto de la política internacional y colonial de Cánovas*. El primero de ellos contiene un enjuiciamiento sobre las motivaciones y complicidades en el trágico final del artífice de la Restauración y su relevante protagonismo en la política colonialista hispana, es decir, el análisis de una hipótesis contraria al hecho histórico: cuál hubiera sido la resolución del problema cubano, en especial de las decisivas complicaciones internacionales que se sucedieron, si Cánovas no hubiera sido asesinado. Este hecho resulta comparable con otro significativo magnicidio del siglo XIX, ocurrido veintisiete años antes, el del también presidente del gobierno Juan Prim y su incidencia en el devenir del problema cubano. Del segundo de los capítulos extraemos la valoración que hace J. Rubio del propio protagonista de su obra: Antonio Cánovas del Castillo, del que dice que no llegó a ser, no fue, desde el ángulo de la política colonial el estadista que necesitaba la España de su tiempo; lo que no impide el reconocimiento de su talla como intelectual y sus relevantes cualidades como dirigente político, ni tampoco su patriotismo –aunque equivocado– en momentos históricos cruciales de su larga vida pública.

En suma casi un lustro después del centenario de la gran crisis colonial de 1898 que finalizó con cuatro siglos de presencia de España en América, la cuestión sigue siendo motivo de atención historiográfica. Y ahora, lejos de los fastos de la conmemoración, estamos ante un hecho cuya trascendencia nos hace volver al tema desde la calma y la cavilación que genera el análisis y la valoración de la proliferante producción bibliográfica aparecida a la luz de su celebración: destacados estudios sobre los orígenes, causas y progreso de tan grave problema, sobre la intervención de los Estados Unidos e implicaciones internacionales y sobre las repercusiones en nuestro país a nivel político, económico,

social o cultural (el llamado regeneracionismo), que entrañaron la culminación de una crisis finisecular y la entrada en la nueva centuria con un talante presidido por la desesperanza y la incertidumbre que iban a marcar el curso histórico de buena parte del siglo XX. En una cuestión de tan significado calado como la pérdida del otrora imperio colonial español –que se muestra incapaz de agotarse en sí misma–, resultaba necesario dar respuesta a una serie de temas aún considerados como pendientes. De ellos, los preliminares del llamado «desastre del 98» consideramos que han hallado su fehaciente materialización en la obra de Javier Rubio, de la cual todos debemos felicitarnos.